

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

31

JULIO - SEPTIEMBRE

1948

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR - FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior dls.	2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
Oswaldo Robles	<i>El perfil académico y la doctrina filosófica de Fray Alonso de la Vera Cruz</i> 9
Guillermo Francovich	<i>Valery y Kierkegaard</i> 27
José Almoina	<i>En torno a Saavedra Fajardo</i> 85
Juan Hernández Luna	<i>La imagen de América en José Vasconcelos</i> 101
Arturo Arnáiz y Freg	<i>Presencia y significación de México dentro de la vida de Occidente</i> 113
Vicente Gaos	<i>Pro Cicerone</i> 127

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan David García Bacca	<i>Religions Philosophie auf geschichtlicher Grundlage.</i> (Othmar Spann.) 135
-----------------------------------	---

	Págs.
Rafael Moreno M.	<i>La introducción de la filosofía moderna en México.</i> (Bernabé Navarro.) 137
Juan Hernández Luna	<i>Tratados.</i> (Juan Benito Díaz de Gamarra.) 142
Juan David García Bacca	<i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica.</i> (Edmundo O'Gorman.) 144
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras	<i>J. H. Luna</i> 147
Notas y noticias de América	<i>R. H. Valle</i> 151
Publicaciones recibidas 167
Registro de revistas 171

PRESENCIA Y SIGNIFICACION DE MEXICO DENTRO DE LA VIDA DE OCCIDENTE

De México, el común de la gente extranjera no sabe sino que es un país con bellos paisajes, algunos volcanes, buen clima y muchas revoluciones. Y son pocos los que tienen la paciencia intelectual necesaria para obtener algunos informes sobre lo que México es, sobre lo que ha sido y sobre lo que desea llegar a ser.

Nacimos a la vida de Occidente en el siglo xvi, como un producto de la fusión del imperio más poderoso de Europa con el imperio más poderoso de América. Llegó Hernán Cortés a nuestras costas en 1519, el año de la muerte de Leonardo de Vinci; la niña Santa Teresa de Jesús tenía ya cuatro años bien cumplidos.

Recibidos como dioses, los españoles vivieron aquí "las cosas del libro de Amadís". Victoriosos, demostraron con sus empresas colonizadoras que tenían la misma capacidad de aglutinación que los hombres de la Roma de los mejores días.

Desde entonces, el proceso de comprensión de lo indio por las gentes de cultura occidental ha sido largo y escabroso. No tuvieron los conquistadores aficiones etnológicas. Ocupados en salvar para la convivencia cristiana al hombre de estas regiones, no se cuidaron demasiado de conservar las esculturas, las joyas y los códices por él fabricados.

Incapacitado para entender el lenguaje simbólico de los ritos sangui-narios, el conquistador actuó frente a ellos convencido de que tenían un origen diabólico. Al destruir en forma sistemática los signos de las viejas paganías, el hombre ibérico pensó que propiciaba la salvación de los infieles.

Con claro afán universalista, y en lucha contra todo factor que pudiese debilitar la unidad de su imperio, España llegó a prohibir el estudio de las cosas de los indios. La real cédula que en abril de 1577 declaró secuestrados los manuscritos y papeles de fray Bernardino de Sahagún, ordenaba: "...y estaréis advertidos de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y manera de vivir que esos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro."

No es sino hasta el siglo XVIII, con Clavijero, cuando lo prehispánico empieza a perder su carga de diabolismo. En el XIX, se inicia ya el rescate sistemático de los vestigios ocultos bajo tierra.

Las investigaciones de los arqueólogos modernos han podido descubrir recientemente en el Valle de México el esqueleto humano más antiguo encontrado hasta hoy en el Continente Americano. Se trata de un individuo de sexo masculino que, según los cálculos más conservadores, vivió hace quince o dieciséis mil años. El "hombre de Tepexpan", cazador de elefantes y descendiente de los que primero descubrieron este continente, aparece en un terreno mesolítico, lo que hace pensar que sus antepasados pasaron del Asia a la América después de las glaciaciones.

El amerindio fué el primero en enfrentarse al enigma de América y el primero en encontrarle soluciones. El hizo el desarrollo inicial de los recursos del continente, sin los cuales la ocupación europea habría sido excepcionalmente difícil.

Pasando de la etapa de recolectores a la vida agrícola, los hombres de las culturas arcaicas lograron obtener el maíz. Y éste fué sólo el principio. La agricultura llegó a tener para ellos categoría de cosa sagrada. Y ya en el buen camino, cultivaron y domesticaron plantas y animales que después se han difundido por el mundo.

El maíz, el cacao, la vainilla, el tomate, el chicle, el algodón mexicano, el pavo, el hule, figuran en la lista que el ilustre Alfonso Caso nos ha dado como balance impresionante de las invenciones y descubrimientos que entregó a la cultura occidental el México prehispánico.

Al liberarlo de las angustias del nomadismo, la vida agrícola dió al indio la posibilidad de volver los ojos a la bóveda celeste. Y al advertir las primeras regularidades, cayó en adoración ante las fuerzas que reconoció ajenas a su voluntad. Surgieron entonces las religiones astronómicas, y

MEXICO DENTRO DE LA CULTURA OCCIDENTAL

toda la complejidad de aquellas teogonías vivió mecida y adormecida por el ritmo de las danzas, de los himnos y de las plegarias.

Todo lo que se podía quemar, todo lo que podía ser destruído por la putrefacción, ha desaparecido, y sin embargo, es tal la riqueza de objetos arqueológicos que México ofrece todavía, que tenemos pueblos enteros a los que ni siquiera se ha podido situar dentro de un esquema cronológico general.

Destruídos sus complicados sistemas religiosos, olvidadas sus cosmogonías, reducida a nada su liturgia, mudos los sacerdotes para siempre, quedan en pie las estatuas de los dioses terribles en los que los hombres de aquí, como los de otras latitudes, simbolizaron los procesos de la naturaleza que, por inescrutables, podían entonces asimilarse a móviles humanos.

Muchos secretos religiosos quedan ocultos todavía en las grecas y en los frisos; han desaparecido ya la pompa y el color que acompañaban su liturgia; no volverá a levantarse el humo del incienso, y se han vuelto opacos los ojos de los ídolos de piedra; pero es evidente que en esas piezas hieráticas, en esas estatuas que son como su subconsciente al descubierto, el mexicano de hoy encuentra elementos que le sirven para entender mejor su vida interior atormentada.

A poco que el ojo se eduque, descubre los detalles dinámicos que una intención fuertemente intelectualizada ha dejado ocultos dentro de la masa inerte. Simetría, proporción, sello personal se encuentran en cada detalle escultórico. Las deformaciones que se introducían en el duro modelado de cada piedra o en las delicadezas del barro y la obsidiana, eran cuidadosamente calculadas.

Con razón nuestros pintores contemporáneos han podido adquirir muchos de los matices que dan esencia individual a su mensaje, en esos monumentos de arte religioso que colocan la capacidad creadora del indio mexicano a la altura de la de aquellos artífices que levantaron las construcciones imperecederas de Egipto y de Mesopotamia.

* * *

En las tres décadas últimas hemos asistido a una nueva valoración del arte americano. El arte europeo es ahora sólo una porción del arte universal, y la nueva sensibilidad —menos encerrada en los estrechos moldes

grecolatinos— nos ha permitido entender mejor el vigoroso acento indio que está presente en las épocas más importantes de nuestra historia artística.

Lo indio es todavía un misterio que no ha sido develado por completo. Cada día disponemos de mejores elementos para definir su ubicación histórica. La tarea para nosotros no admite dilaciones, porque cuando se vive en estas tierras, puede no tenerse lo indio en la carne, pero siempre se le lleva como huella profunda en el espíritu.

Cada vez apreciamos mejor la delicada intimidad de sus creaciones poéticas; la actitud de dignidad del indio ante los enigmas que le planteaba la existencia; el sentido monumental del urbanismo que regula sus ciudades, y la deslumbradora magnificencia de su orfebrería.

Y al estudiar los jeroglifos que nos quedan en sus piedras, en las hojas amarillentas de los códices, y comprobar que todavía no ocurren todos los eclipses que ellos predijeron, nos asombra la precisión de sus calendarios y de sus cronologías.

Cuando en Granada florecía la cultura árabe-española y hacía apenas cuatro años que había muerto el autor de la Divina Comedia, llegaron los aztecas al valle central de México, en 1325. Después de cerca de tres siglos de luchas incesantes, lograron integrar la organización humana más poderosa de la América del Norte. Su viejo hábito de imponer tributos les permitió levantar un verdadero mapa económico de las regiones que ocuparon.

En la zona central de su gran estructura política y militar existía y prosperaba el "calpulli", régimen de propiedad de la tierra basado en una tradición milenaria de servicio mutuo que dejaba sentir sus ventajas sobre todos los miembros de la comunidad.

Y es también en nuestros días cuando, provistos de los datos que nos entregan los arqueólogos y los especialistas en historia de las religiones, hemos aprendido a comprender la significación simbólica de sus ritos sanguinarios. Estos pueblos de la porción central de México se batían periódicamente en guerras caballerescas. Para implorar el favor divino derramaban su propia sangre. El deseo de mantener encendido el sol mediante la entrega abundante del más preciado de los líquidos, la sangre humana, los llevó a la equivocación trágica que para el español del siglo XVI sólo podía haber sido inspirada por la maldad ilimitada del demonio, pero que ahora, sin que disminuya nuestra repulsión al terrible error que la

hizo posible, se levanta ante nosotros como una de las formas supremas de la generosidad. De acuerdo con ella, toda la vida colectiva de estos pueblos estaba orientada hacia un propósito: "Hay que saber morir."

Y supieron morir con heroísmo cuando llegó el conquistador en 1519. Las flechas, los dardos y las varas tostadas no pudieron competir con las armas de fuego. Las macanas con navajas de piedra, resultaron inútiles frente a las espadas de acero toledano.

El español del siglo xvi, templado en la lucha con los árabes, dió a la conquista de estas tierras un carácter de cruzada. El asombro de los conquistadores ante la belleza de las ciudades indígenas está visible en todas sus descripciones. Mientras dentro del mundo mágico de los indios, la presencia de los blancos no era sino el cumplimiento de las profecías que en los últimos años se habían visto reforzadas por la aparición de varios portentos fuera del orden natural, el español, en cambio, dentro de su armadura metálica, avanzaba convencido de que tiene derecho a destruir mitos quien los substituye superándolos. En México, sintió siempre que estaba luchando contra infieles y, bajo la influencia de la guerra secular de la Península, llamaba mezquitas a los templos de los indios y afirmaba que los aztecas se vestían con albornoces. Y los soldados de esta mesnada, prolongación del mundo medieval en tierra americana, a la hora en que les tocaba caer frente a los indios, ponían en el suelo una cruz con su propia sangre, para morir besándola.

Las pasiones que ensombrecían el juicio sobre la conquista de México por los españoles, se han serenado mucho entre nosotros. Cada vez sabemos más de la vida de otros pueblos, y es por ello que cada día se da una ubicación histórica más justa a la empresa de Cortés y de sus compañeros.

A mí —mestizo mexicano— la historia de la conquista me deja cada vez más tranquilo. La miro como un pleito de familia. Como el requisito indispensable para que una mitad de mí mismo se uniera con la otra mitad.

Cortés tuvo sin duda grandes defectos, pero yo no puedo dejar de admirar uno de los caracteres que imprimió a la conquista española. Mientras para otros pueblos "el mejor indio es el indio muerto", don Hernando demostró con su conducta que, para él, el mejor indio era una india enamorada. ¡Hernán Cortés! ¡gran coleccionista de indias cariñosas!

Subyugado por la defensa heroica que hizo de Tenochtitlan, el mexicano se aferra a la figura admirable de Cuauhtémoc. Es esta una de nues-

tras devociones patrióticas más profundas, por la nota épica que da carácter a la vida del joven príncipe y por el fin dramático que tuvo su existencia de gobernante fiel al destino de su pueblo.

* * *

Terminada la conquista, una vez que la novela de caballería estuvo concluída, empezó la proeza de más largos alcances: llegaron los animales de tiro y fueron traídas muchas plantas europeas desconocidas. La rueda fué aplicada a los transportes y, debido a la presencia de los caballos y de los asnos, desapareció paulatinamente la inhumana institución de los "tamemes". Los fardos dejaron de ser transportados a lomo de hombre.

El español vino a ser en México un nuevo, vigoroso factor de síntesis. En cierto modo, Cortés y sus hombres continuaron la tarea que se habían echado a costas los aztecas. Unas cuantas décadas después de la caída de Tenochtitlán, ya se había logrado la unificación de las tribus belicosas bajo la bandera de Castilla.

Para esto habían contribuído poderosamente los misioneros. Fueron ellos los que permitieron que el hombre de España obtuviera por méritos indiscutibles un galardón que nadie le disputa. La mejor oportunidad histórica para llevar a los núcleos indígenas de América a una convivencia activa dentro de la civilización occidental, fué creada por ellos. Por otra parte, como lo dejó escrito el obispo de Michoacán don Vasco de Quiroga, los indios eran "gente tan mansa, tan nueva, tan rasa y tan de cera blanda para todo cuanto de ella hacerse quisiera".

En el siglo xvi recibimos nuestra fuerte dosis de edad media. El soldado español se derramó por las planicies de América y, cuando llegó la hora de edificar, las iglesias, los palacios y las casas-fortalezas completaron el paisaje mexicano con la grandeza monumental de la España eclesiástica y militar. Así fué como puso las bases de su dominio un imperio cimentado en la solidaridad espiritual.

Hace algunos años un eminente catedrático europeo me decía, en una conversación sobre los matices diferenciales que pueden advertirse ahora entre las antiguas colonias españolas: "No; no me hable usted de las capitánías generales!, yo creo en los virreinos."

Y tuve que contestarle: "Amigo mío, yo creo en los virreinos, pero creo también en los imperios indios; porque no hubo gran virreinato donde antes no existía un poderoso pueblo precolombino."

MEXICO DENTRO DE LA CULTURA OCCIDENTAL

La riqueza mayor de la América media era el trabajo barato y eficaz de los indígenas. Desde poco antes de que se consumara la conquista, los indios han desempeñado los trabajos más rudos del país. Las cuatro centurias en que esta situación ha subsistido no han sido suficientes para cegar en ellos las fuentes de la creación artística.

Durante toda la época colonial fuimos, el lado del Perú, uno de los dos grandes pilares que sostenían el poderío español en América. Con fondos de las cajas de México se cubrían los deficientes de las colonias que España tenía en el hemisferio norte. De nuestras costas salieron las expediciones que llevaron a las islas Filipinas la civilización occidental.

En el siglo xvii llegaron vientos del Renacimiento. Los nietos de los conquistadores viven ya como colonos. Esta extensa parte del imperio participa en el esplendor del siglo de oro español a través de la fina sensibilidad de don Juan Ruiz de Alarcón.

Junto a los españoles y a los indios, surge el grupo humano en que se realiza la síntesis de estos dos elementos. Aparecen los mestizos: "capaces de todo lo bueno y de todo lo malo", como decía don Lucas Alamán, pero a los cuales les estaba vedado expresamente el acceso a las escuelas de enseñanza superior.

En el trono de España, los Borbones substituyen a los Austrias. Se acentúa el influjo francés y, en el siglo xviii, el mundo colonial hecho de desigualdad económica, respeto a las jerarquías y refinamiento distribuido por categorías, ve alterado el aire fino de su paz barroca por los primeros empujes de la modernidad. La España dieciochesca, ya sin ímpetu, quiso encerrarse dentro de sus murallas. Pero las ideas se filtraron a través de todos los obstáculos, como siempre ocurre, y en México surgieron muestras diversas del influjo de los enciclopedistas.

Abren sus puertas la Academia de San Carlos y la Real Escuela de Cirujía. Se establece el Real Seminario de Minería. Cuando el Barón de Humboldt nos visita a principios del siglo xix, tiene que reconocer que ninguna ciudad del Nuevo Continente presentaba establecimientos tan sólidos y perdurables como la capital de la Nueva España.

En 1810 la paz de siglos se ve interrumpida al fin por el levantamiento de los insurgentes en el pueblo de Dolores; un hombre que había sido rector de uno de los colegios de enseñanza superior más famosos de la colonia, lanza el primer desafío importante que el poder español recibió en nuestro territorio.

En casi todas las provincias del país se encendió la guerra civil por la independencia. Cayeron Guanajuato, Valladolid, Guadalajara, Toluca, y la misma ciudad de México quedó al alcance de las tropas insurgentes.

Cuando después de las derrotas de Aculco y de Puente de Calderón pareció que retrocedía la marea, surgió en el Sur don José María Morelos y Pavón.

Pastor de almas, acertó a superar la sumisión a la jerarquía eclesiástica para atender las urgencias de su pueblo.

Su silueta, de contorno poco marcial, empieza a crecer en los combates. Agil jinete sobre el caballo de gran alzada, organiza sus tropas con rigurosa disciplina. Sin oficiales ni soldados, supo crear ejércitos dirigidos por un grupo de jefes admirables. Acostumbró a sus hombres a resistir a pie firme en el campo de batalla las acometidas del poderoso enemigo virreinal. En él se unieron la astucia, el valor personal, el vigor físico, el don de mando. Por las campañas del centro de México, que huelen siempre a frutos ya maduros, llegó a adquirir la costumbre de vencer a los realistas.

Las clases privilegiadas del México virreinal se pusieron al lado del gobierno español. Después de varios años de lucha, prisioneros y fusilados más tarde los jefes principales, el movimiento quedó carente de un centro que pudiese coordinar los esfuerzos de los guerrilleros dispersos en diversas secciones del país. El gobierno virreinal, victorioso ya, pudo aplicar una política de indultos. Muchos jefes secundarios aceptaron abandonar las armas y vivieron en paz en regiones alejadas de las zonas en que habían operado. Llegó a Soto la Marina Francisco Javier Mina y, después de seis meses de acciones militares realizadas con deslumbradora rapidez, fué vencido al fin por fuerzas superiores. Su ejecución marca el fin de la última amenaza importante para la estabilidad del régimen virreinal en estas tierras.

Nuestra separación de España fué lograda en forma paradójica. Nos hicimos independientes de nuestra Metrópoli cuando nos ofrecía mayores libertades. Fueron las clases conservadoras de México —las mismas que habían vencido en los años anteriores los esfuerzos de los insurgentes— las que consideraron ahora que ya no era útil a sus intereses el vínculo con una España peninsular que había aceptado la vigencia de la constitución liberal de 1812.

Ya independientes, vivimos bajo el régimen de Iturbide dos años que más merecen ser llamados sueño o representación teatral que imperio.

MEXICO DENTRO DE LA CULTURA OCCIDENTAL

Destronado el primer emperador, la atención de nuestros teóricos políticos se orientó hacia el modo como debíamos constituirnos en república. Fueron, aquellos, años de acción política y militar vertiginosos, pero decisivos en la historia de nuestra nación por las diversas soluciones que fueron intentadas, por los conflictos que en aquel período quedaron resueltos, y por la alta calidad moral de los patricios que dirigieron los negocios públicos.

Nuestro Congreso Constituyente de 1824 se decidió por una solución federalista. Como programa de gobierno, el federalismo tuvo entonces el mérito de haber mantenido la integridad de la nación.

Con fronteras que llegaban desde la Alta California hasta los límites de la Gran Colombia y más de cuatro millones de kilómetros cuadrados de territorio, nuestros antepasados se encontraron en medio de un dilema que, por desgracia, no pudieron resolver. Fuimos incapaces de ofrecer a todas las porciones que por entonces integraban el país un buen programa que realizar en el futuro. En 1823 perdimos Centroamérica por no haber sido suficientemente conservadores. En 1835 se nos separó la primera de nuestras antiguas provincias nórdicas por no haber sabido ser suficientemente liberales.

Heredamos en nuestra frontera del Norte un problema que España había sido incapaz de resolver. Ante el avance progresivo de los anglosajones, nuestra vieja Metrópoli se había ingeniado para aplazar todo choque violento mediante concesiones diplomáticas que siempre entrañaron una retirada a posiciones cada vez más meridionales.

En todas aquellas décadas iniciales de nuestra vida independiente, nuestros espíritus más lúcidos vivieron con angustiada inquietud la noción de la debilidad interna de México. Sentían aproximarse la hora de las mutilaciones. Y el conflicto no tardó mucho tiempo en resolverse.

* * *

Interesante panorama el del México de hace un siglo.

Empezamos nuestra vida independiente como un país de injusticia armada. En los jefes más importantes y en los caudillos minúsculos, se nota un empeño conmovedor por acercarse al modelo napoleónico. En nuestra vida política, todas las decisiones importantes eran tomadas por militares. Los civiles mexicanos que lograron obtener influjo decisivo en la política, tuvieron que buscarse siempre un instrumento dócil para la acción.

El dolor de actuar en segunda línea los hizo despreciar muchas veces a su brazo ejecutante.

Ante los abusos de la Iglesia que era por entonces dueña de las dos terceras partes del país; frente a los atentados y despojos de los militares profesionales, fué formándose un grupo intelectual, primer germen de una verdadera clase media que ya al final de la centuria habría de ser vigorosa burguesía librepensadora y antimilitarista.

A la historia nuestra del siglo pasado la llena casi en su totalidad la antinomia entre liberales y conservadores. Los ricos en bienes materiales, deseosos de seguridad, pensaban un poco ingenuamente que los males del país desaparecerían si se lograba que las cosas pudieran volver al estado que guardaban en los risueños años finales del siglo XVIII.

Después del noble intento reformista de Gómez Farías y el doctor Mora, que se vió bruscamente interrumpido en 1834, la contienda permanece indecisa hasta la revolución de Ayutla. Santa Anna, que llena con su nombre tres décadas de la vida mexicana, es vencido al fin en forma decisiva. Tras de haber servido a todas las banderas, cayó defendiendo los intereses de los tradicionalistas. Obtenida la victoria en el campo de batalla, los liberales lograron al fin que en el código fundamental de México quedaran separados la Iglesia y el Estado, que se desamortizaran los bienes eclesiásticos, y que se destruyera el monopolio que el clero tenía sobre la instrucción pública. La nueva constitución pareció demasiado avanzada al presidente Comonfort, quien mediante un golpe de estado quiso impedir su vigencia; después de nuevas luchas militares fué vencido. En México ningún gobernante ha podido conquistarse el apoyo del partido enemigo del que lo condujo al mando. El solo intento de cambio de bandera, ha significado entre nosotros un suicidio político a corto plazo.

Ante la perplejidad de Comonfort, apareció el gesto decidido de Benito Juárez como salvador de los principios enarbolados por el partido del progreso. Juárez enseñó a los mejores cerebros mexicanos de su tiempo a trabajar unidos, a convivir en paz. En su espíritu se encrespaban todas las tempestades; pero su voluntad, de un temple casi metálico, le permitió dar siempre el ejemplo de serenidad. Perdonó cuando lo creyó necesario para el bien de la patria. Por servir al país, supo también ser implacable. Mexicano universal, su figura rebasa por su magnitud los límites de México. El dió al mundo la noción precisa de que nuestra República había llegado a madurez.

MEXICO DENTRO DE LA CULTURA OCCIDENTAL

Cada vez que los antiguos grupos privilegiados intentan recuperar agresivamente sus viejas posiciones o romper el cauce marcado por las leyes, la figura de Benito Juárez surge solemne, lista para librar de nuevo la batalla antigua en la que supo vencer.

Su gran lección de integridad ayuda todavía al mexicano de hoy a entender una de sus dos mitades. Junto a las joyas de oro que en los sepulcros vestían los huesos de los viejos caciques; al lado de las máscaras de jade y de turquesa, de los vasos de obsidiana y de cristal de roca, la silueta heroica de Juárez contribuye a la revaloración histórica de lo indio. Por eso su vida alcanza ahora proporciones de obra de arte.

* * *

Después del último gran esfuerzo de los conservadores, cuando con el apoyo de los ejércitos de Napoleón III quisieron instalar aquí el régimen imperial de Maximiliano de Hapsburgo, los juaristas vencedores acabaron con los últimos restos del antiguo ejército profesional. Si a partir de aquella etapa México logró durante varios años evadir en algunos períodos de su historia el penoso espectáculo que ofrecen las dictaduras latinoamericanas típicas, ha sido porque los reformistas encontraron la manera de desvincular el esfuerzo unido del clero y del ejército profesional. Por la severa disciplina a que está sometidos, ambos cuerpos imprimen a sus hombres en estos países nuestros una intolerancia esencial que marcó en otro tiempo honda huella en los destinos nacionales.

El liberalismo pudo existir entre nosotros como régimen estable desde el día en que se logró que un ejército no profesional, improvisado y jacobino, permaneciese en guardia frente a la jerarquía eclesiástica.

Más tarde, la dictadura del general Díaz, iniciada bajo los signos de un programa de progreso, impidió que el país tuviera por entonces un desarrollo político normal. Muchos de nuestros graves problemas económicos actuales provienen de los errores cometidos en aquella época. La minería, la más importante de las industrias mexicanas, está todavía hoy en manos extranjeras. Se permitió la fundación de grandes latifundios. La mayor parte de la población rural de México fué reducida a la condición de peones. En las haciendas de gran superficie no se aprovechaba a veces ni la décima parte de los terrenos, lo que hizo que muchas no fueran en realidad sino grandes extensiones desérticas.

La revolución mexicana ha remediado en buena parte esta situación. Mediante su política agraria ha permitido a millares de siervos convertirse en hombres. El gran movimiento comenzado en 1910 no tiene, en el ideario político de las gentes que contribuyeron a prepararlo, ningunos vínculos directos con fuentes ideológicas extrañas al país. Las soluciones propuestas no están sugeridas por el ejemplo ajeno, sino por la situación angustiosa en que vivía la mayoría de los habitantes de la nación.

* * *

El estudio de la historia es ante todo una gran lección de humildad.

Entre nosotros, como en muchos otros pueblos de la tierra, hay todavía desigualdades lacerantes, quedan muchas metas por lograr, y es injusta en muchos aspectos la distribución de los bienes materiales. Al repasar aunque sea con la rapidez con que lo he hecho las diversas etapas de la vida histórica de México, siento que mi voz no adopta el tono de un testamento, sino en buena parte el de un presagio cargado de esperanza. No puede negarse que los grupos que aquí han sido vencidos históricamente gustan de exhibir con especial insistencia los aspectos sombríos de nuestras luchas interiores. Frente al espectáculo mexicano les ha faltado comprensión. Lo juzgan humorística o trágicamente, y la historia no puede reducirse a una larga lamentación interrumpida por algunas carcajadas.

En cambio, el mexicano medio vuelve los ojos a su dramático pasado para sacar de él argumentos que refuercen su amor por la libertad, por la distribución equitativa de los bienes materiales y por la convivencia pacífica con los demás pueblos de la tierra.

Este pueblo, a cuya formación han contribuido hombres de todos los orígenes, vive ahora convencido de la urgencia de disminuir su grave déficit tecnológico. Somos pobres; en los campos de nuestra altiplanicie falta el agua. Es verdad también que en las ciudades y en el campo faltan máquinas; pero sin olvidar la magnitud de nuestros problemas económicos antiguos y modernos, nos interesa el hombre. Nos interesa construir bien en lo interno al hombre de México.

Desde que nacimos a la vida independiente, abrimos nuestra casa a todas las influencias. Aquí, como en otras partes de América, somos testigos de que se ha creado un verdadero cosmopolitismo latinoamericano. Somos puertos libres para las actividades del espíritu. Los antecedentes de

MEXICO DENTRO DE LA CULTURA OCCIDENTAL

nuestra historia nos capacitan bien para la buena comprensión de las gentes nacidas fuera de nuestras fronteras. Cuando España llegó a estas tierras, no trajo un mensaje localista, sino las más finas esencias de Occidente. A su espíritu seguimos siendo fieles cuando vivimos atentos a la voz de los genios que alientan fuera de nuestras fronteras.

ARTURO ARNÁIZ Y FREG